



¡OH, MUJERES, MUJERES!...

POR

N.º 19

GRACE DARMOND

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona

Año I

Núm. 19

(Daytime wives, 1923)

¡Oh, mujeres, mujeres!...

Comedia de sentimental asunto, interpretada por las
bellísimas artistas

GRACE DARMOND

(en el papel de Francine Adams)

DERELAY PERDUE

(en el papel de Ruth Holt)

Exclusiva de

PRINCIPE FILMS, Sdad. Lda.

San Sebastián

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares:

JOSÉ CAVALLÉ

Aragón, 225, pral.

BARCELONA



¡Oh, mujeres, mujeres!...

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Progresan de un modo alarmante en la actualidad, en Norte América, el número de mujeres que, apoyando su autoridad en su belleza y en un contrato de matrimonio, degeneran en frívolas, indolentes y egoístas primero, para llegar a sentir avidez de sensaciones fuertes pasado algún tiempo...

Felizmente, en contraposición a esas mujeres, existe la dedicada al trabajo, la colaboradora inteligente del hombre..., la mujer humilde y modesta a la que un filósofo ha dado en llamar la "esposa diurna"...

La activa e inteligente mujer dedicada al trabajo—la esposa diurna—, ¿puede ir sustituyendo gradualmente, en el respeto y admiración del hombre, a la que sólo cifra su misión en cumplir su cómodo contrato matrimonial?

Toda "esposa diurna" es madrugadora. Tiene que serlo forzosamente.

Ruth Holt, la "esposa diurna" de nuestra histo-

ria, desempeñaba con una competencia extraordinaria el cargo de secretaria y apoderada del contratista de obras Hans Adams.

Joven, de carácter excelente y llena de amor por el trabajo, era insustituible para su jefe.

La mujer casada que pertenece a la denunciada clase de "esposas nocturnas", no se levanta temprano, porque "eso" no está escrito en su contrato de matrimonio.

Así era la esposa de Hans Adams.

El apego al calor de las finas holandas y la delicada atención a sus encantos personales, formaban parte de los derechos conyugales inscritos en el contrato de matrimonio de Francine de Adams.

Su marido, sinceramente enamorado de ella, pasaba por todos sus caprichos, y, si alguna vez "se ponía feo" con ella por algo que a él no le pareciese conveniente, con cuatro mimos era vencido por la culpable.

Adams venía a ser como el muñeco de cartón de Francine. Ella lo movía a su antojo. El muñeco de todas las mujeres que se saben bellas y adolecen de una falsa educación.

Ruth también tenía un muñeco, pero distinto del de la esposa de su jefe. El suyo era un niño, un juguete muy travieso. Llamábase Miguelito y era hijo de su portera.

La diversión predilecta del endiablado muchacho consistía en deslizarse de arriba abajo por la baranda de la escalera, a guisa de toboggan.

La madre del chico no podía con él; y, a pesar de sus cotidianos sermones para que abandonase ese deporte, Miguelito seguía arriesgando sus narices u otra cosa en ese peligroso ejercicio.

Todas las mañanas, la primera ocupación de Ruth era saludar a su muñeco amante y amado.

Después, ya en la oficina del contratista, Ruth se entregaba por entero al trabajo.

Desde el despacho daba órdenes, por teléfono, a las obras, de las que era capataz un tal Dave, quien, al igual que los demás empleados de categoría, reconocía el valor de los conocimientos comerciales de la secretaria del jefe.

Dave era casado... y tal vez por esta razón se fijó en Ruth con admiración. El motivo de ello, muy sencillo: la mujer del capataz distaba mucho de ser como la oficinista. Y un hombre siempre admira—si tiene los ojos bastante abiertos—lo que vale más que lo que posee.

Mientras Ruth ya hacía horas que trabajaba, Francine apenas se levantaba, sin más preocupación que su *toilette*, secundada por una doncella.

La lectura de las crónicas que, a veces, publicaban algunos periódicos relativamente a las mujeres de su categoría—muebles de lujo de los pobres maridos que se afanan en ganar lo que ellas despilfarran egoístamente—, le daban risa.

—¡Cuánta necedad se les ocurre a esos periodistas!—exclamaba.

Y su doncella, haciéndole la manicura, sonreía para apoyar la opinión de su señora, guardándose para ella la que le merecía la conducta de Francine.

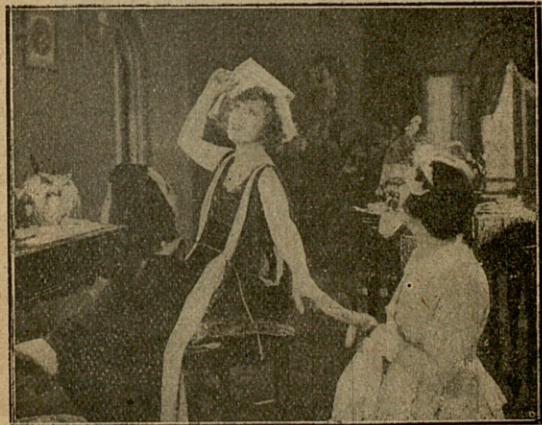
La mujer moderna—moderna en todos sus aspectos—se permite también el lujo del "flirt", con o sin consecuencias, según el temperamento de cada una.

Francine tenía el suyo, Harry Valentine de nombre, curioso ejemplar de pollito faldero al servicio

de las señoras cuyos maridos trabajan para satisfacer sus caprichos.

• Cada día, Harry iba a recoger a Francine a su casa, para acompañarla a todas partes.

Por este trabajo, además de aspirar a otras cosas, Harry obtenía de Francine algún que otro billete, siempre aceptado con una habilidad que



—¡Cuánta necedad se les ocurre a esos periodistas!

disimulaba la bajeza de su espírita.

Harry explotaba su físico con un poco de farsa de galantería amorosa.

Francine era demasiado ingenua, dentro de sus extravagancias, para comprender el verdadero fin

que perseguía el elegante, y su verdadera personalidad.

Ocupado enteramente por sus asuntos, Adams toleraba la conducta acentuadamente modernista de Francine; mas nunca atravesó la idea de que



Cada día, Harry iba a recoger a Francine a su casa, para acompañarla a todas partes.

ella pudiese extraviarse por un engañoso sendero. Su conciencia de hombre de bien no admitía la desconfianza en un ser que formaba parte de su vida.

Lo mismo que en su casa gustaba Adams de las caricias—el arma poderosa que emplean las mujeres para vencer a los hombres—de Francine, gozaba en la oficina con las pruebas de fidelidad y celo que le daba de continuo Ruth.



Adams le confiaba siempre su estado de ánimo...

La gentil secretaria conocía al dedillo todos los más insignificantes detalles administrativos del negocio, y sus conocimientos técnicos referentes a la construcción no eran escasos.

Adams le confiaba siempre su estado de ánimo,

para que ella le aconsejase en sus horas de pesimismo o participara de su esperanza en el triunfo.

Un día, se recibió en la oficina una carta anunciando que una letra aceptada por Adams, vencía en breve fecha.

El contratista, un tanto apurado, convino con Ruth en que le sería posible atender ese compromiso si el armazón del edificio en construcción quedaba listo antes del día del vencimiento, pues una vez concluido ese trabajo, la casa por cuenta de la cual se alzaba el edificio pagaría una parte del importe del presupuesto.

Perry Martín, banquero y amigo de Adams, puesto al corriente por éste, personalmente, en respuesta a su carta-aviso, de su situación financiera y de las condiciones de su contrato con la firma a quien iba destinado el edificio, no tuvo inconveniente en concederle el favor de retener la letra hasta fin de mes, fecha más que probable de la terminación del ya citado armazón.

En tanto que Adams conseguía ese plazo que le desahogaba un poco, Ruth, al punto de disponerse a marcharse a su casa para tomar el almuerzo, recibió una carta de un proveedor de acero del contratista, en la que se recomendaba a éste, que si deseaba recibir el material especificado en su último pedido, ratificase la orden de envío, por el conducto más rápido.

Sin vacilar, Ruth renunció a su almuerzo en casa, y mandó al meritorio a comprarle un sandwich y una botella de leche, para no abandonar su puesto, que reclamaba su presencia.

De regreso Adams de su visita al banquero Martín, enteróse de la carta de su proveedor, y las disposiciones tomadas por Ruth—petición de una con-

ferencia telefónica con dicho suministrador para confirmar el encargo—satisficeronle.

—¡Muy bien, señorita Ruth!... Si sirven el pedido en seguida, adelantaremos diez días y no tendremos necesidad de renovar la letra.



—¡Muy bien, señorita Ruth!... Si sirven el pedido en seguida, adelantaremos diez días...

Ruth, sin prestar interés al elogio, seguía entendiéndoselas con el sandwich..., visto lo cual, Adams la obligó a vestirse con esta razón:

—¡Salga usted ahora a la calle, y compre lo necesario para comer como dos príncipes!

En aquel momento, Francine, acompañada de Harry, se presentó en la oficina de su marido, "sorprendiéndole", a su modo de ver, en extremada complacencia con Ruth.

Adams, que no tenía nada que reprocharse, ni lo sospechaba siquiera, dió a entender a su esposa que le disgustaba su visita con Harry a aquella hora de trabajo para él.

—No te pongas feo, maridito... Subí porque me hace falta algún dinerillo...

Simultáneamente, el proveedor de acero pedía a Adams al teléfono.

Para desembarazarse de su mujer, Adams, al tiempo que se ponía al habla por hilo con su suministrador, encargó a Ruth que extendiese un cheque a nombre de Francine.

De muy mal grado, aunque, desde luego, aparentemente risueña, Ruth acató la orden de su jefe, y, bajo indicación de Francine, extendió un talón de mil dólares.

Adams lo firmó, sin fijarse en la cantidad, pues su pensamiento estaba fijo en lo que acababa de hablar por teléfono y en tomar notas.

—Acabo de obtener la seguridad de que, recibiendo rápidamente el acero, el armazón de mi edificio quedará terminado a fin de mes—dijo a Francine, quien no supo reconocer el éxito que esa noticia representaba.

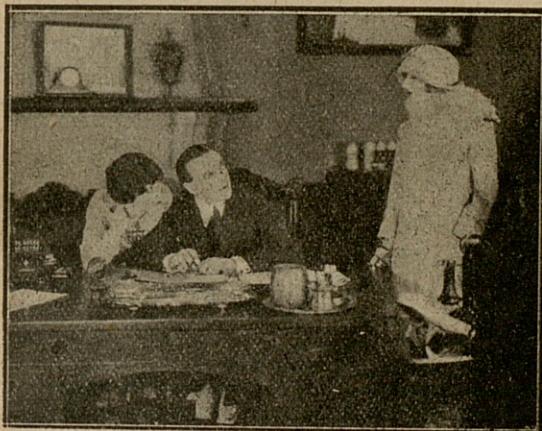
—Me alegro, Hans, me alegro de que todo vaya bien...—se limitó a contestar, deseando ante todo el cheque.

Sólo después de haber salido Francine con Harry

del despacho, se enteró Adams del importe del talón del banco entregado a su esposa.

Fué por casualidad, sin que Ruth hiciera absolutamente nada para que su jefe se diese cuenta del abuso de su mujer.

—¡Mil dólares!... ¡Esa mujer me arruina! ¡Usted debió haberme consultado antes de entregarle



—Acabo de obtener la seguridad de que, recibiendo rápidamente el acero, el armazón de mi edificación quedará terminado a fin de mes.

ese talón a mi esposa!...—se indignó Adams.

Y la pobre "esposa diurna" sufrió la reprimenda que Adams no hubiera sido capaz de dar a su esposa verdadera...

*
* *

El dinero de Francine—nos referimos al del talón del banco—pasó, una parte a manos de Harry, y el resto a la avaricia de la raqueta de una mesa de juego.



Y la pobre "esposa diurna" sufrió la reprimenda que Adams no hubiera sido capaz de dar a su esposa verdadera...

Así, poco más o menos, siempre.

Otro caso raro de mujer lo constituía la esposa del capataz Dave. ¡Se levantaba a mediodía y se desayunaba en casa del confitero!

Por tal motivo Dave sufrió una vez un ligero

desvanecimiento en un andamio, pues había salido de mañana de su casa sin probar bocado, porque a su señora se le pegaron las sábanas y la memoria de que su marido debía desayunarse.

El azar juntó a Ruth y Dave en la cabaña-oficina inmediata a las obras, a la hora en que la esposa del capataz solía llevar a éste la comida.

La "madrugadora" se incomodó con su marido por haberle visto acaramelado con Ruth, cuando en realidad Dave no hacía más que recibir instrucciones de la secretaria del jefe.

Y mucho trabajo le costó a Dave convencer a su esposa, que reñía probablemente para no ser reñida. ¡Un buen truco! ¿Qué otro mejor que el de simular celos para adular a los maridos y adueñarse de su voluntad?

Adams era, respecto a su esposa, lo mismo que Dave respecto a la suya: un enamorado de su hermosura exterior. Por más que hicieran para imponerse a ellas, era inútil: invariablemente, las caricias los derrotaban.

Así también, en cuanto a Adams, aquella tarde, al volverse a encontrar con Francine en el hogar, portadora ésta de una factura de quinientos dólares, por un abanico.

—¡Un cheque de mil dólares esta mañana y un abanico de quinientos ahora!... Pero ¿tú crees que soy millonario, Francine?

—No, Hans; pero sé que te estás enriqueciendo con ese edificio.

—Te equivocas... Además, ¿tú no sabes que no dispondré de dinero hasta que esté terminado?

—Bueno, Hans, no te pongas feo... Si me lo hubieses advertido... Anda, mírame... No seas malo...

...Y... fin de la discusión.

No hay que suponer, sin embargo, que las "esposas diurnas" sean todo nervios únicamente... También tienen ellas corazón y piensan alguna que otra vez en divertirse.

A la sazón, Ruth debía tomar parte en una función benéfica y ensayaba su papel con ansia de quedar bien.

Pero, por encima de todo, Ruth cumplía con sus deberes.

Y durante unos días no titubeó en sacrificar sus ensayos para ir a ver a Miguelito, "su novio", el hijo de la portera, de cuyo ingreso en el hospital se enteró bruscamente. ¡El niño, al fin, como se lo vaticinaban varios vecinos, se cayó del "toboggan" y se rompió la rodilla!

La alegría del travieso chiquillo no podía ser mayor cada vez que "su novia" le visitaba; y con él eran a adorarla varios pequeñuelos, que se cambiaban los juguetes que recibían.

..

A medida que el armazón de acero iba subiendo y se aproximaba el día de la entrega, Adams iba respirando con mayor soltura.

Como le convenía estar bien con su banquero, Adams había proyectado una partida de golf del mismo con su esposa; y ésta, por no se sabía qué milagro, había accedido.

Pero sucedió que el banquero, a última hora, se disculpó de serle materialmente imposible el cumplir su palabra, demorando esa partida para más adelante.

—¡Y yo que dejé un compromiso sólo por conocer a tu banquero!...—protestó Francine.

—¡También yo lo siento, porque hubiera conocido un buen amigo y un perfecto caballero!

—¡Bah! Es igual... Así como así...

—No te enfades, mujer... ¿Quieres acompañarme a la función en la que baila mi secretaria a beneficio del asilo de ciegos?

—¡No puedo ir contigo!... ¡Estoy comprometida para esta noche!

—Yo iré. Se lo he prometido a esa señorita.

—¡Que te diviertas! Es muy simpática tu cagera... y tiene cara de ingenua. Sin duda sabrá sacar buen partido de su papel.

Apremiado por Adams, Dave trinaba. Se le pedía que adelantase el trabajo lo más posible, y no se le aumentaba el número de obreros.

Ruth, enterada de ello, intercedió cerca de Adams, y la cosa quedó zanjada contratando más gente.

La influencia que Ruth ejercía sobre Dave y Adams, podía calificarse de amor moral; de necesidad de tenerla a su lado, de escuchar sus bondadosas frases, de sentirse acariciado por su mirar. Era un ídolo, al que no se puede tocar, mas sí desearlo con derecho a exclusiva.

Por eso el jefe y el capataz tenían una especie de celos el uno del otro.

Aquella tarde, Ruth pidió permiso a Adams para que la dejase salir un poco antes de la hora, no porque tuviera que prepararse para la función benéfica, sino porque tenía que ir a recoger a Miguelito del hospital, después de unos días de haberle sido hecha la operación para la cual fué conducido allí.

Adams la complació, e hizo más.

—Si usted me lo permite, la acompañaré. Me gustan los niños y tengo deseos de conocer a ese muñeco.

—Por mí, señor Adams, encantada.

Y, juntos, recogieron al niño.

Miguelito le cobró en seguida mucho afecto a Adams, pues éste le mimaba, pensando, tal vez, en lo feliz que sería si fuera hijo suyo, y en camino, en "auto", de la casa de Ruth, el niño, con esa picardía infantil que a un mismo tiempo enoja y alegra a los padres, dijo a "su novia":

—Dime, Ruth: ¿ese señor que nos acompaña es algún millonario?... ¿Por qué no le dices que me compre unos helados?...

Adams hizo detener el coche, y con el niño en brazos entró en una tienda para dar realidad a su capricho.

Harry, que pasaba por aquellos lugares, vió a Ruth sola en el "auto", y frescamente se sentó a su lado, para hablar con ella un rato.

El pollito se había fijado en la belleza de Ruth... y tenía sus intenciones. Una de ellas, saber si el marido de Francine le interesaba poco o mucho y vice-versa...

Pero Ruth, no apartándose de la corrección, mantúvose distanciada del indecoroso sujeto.

En cambio, Adams, más "bruto"—como hombre que era—que su secretaria, cerróle a Harry la portezuela del coche en las narices, negándole, con torpe disimulo, la mano.

Rencoroso, Harry puso en el acto manos a la obra para sembrar la discordia en el matrimonio Adams-Francine, en beneficio de su propio egoísmo.

Y mientras Adams, Ruth y el niño cenaban en franca amistad en casa de la primera, y luego

Adams mecía en sus brazos, con inefable ternura, al niño que se durmió en ellos, hasta entregárselo a su madre cuando fué a recogerlo; Harry se entrevistaba, con infame propósito, con Francine.

—No creas en la fidelidad de tu esposo, Francine. ¿Puedes suponer que no le gusta divertirse?...

—Yo sólo sé que Hans es muy bueno... que me



...Adams mecía en sus brazos, con inefable ternura, al niño...

quiere más que a todas las mujeres juntas, y que es incapaz de faltarme...

—Si tan segura estás de tu marido, ¿serías capaz de adivinar dónde está esta noche?

—En donde se halle, estará, sin duda, preocupado por sus negocios y su escasez de dinero...

—¡Esa es la excusa de todos los maridos!

—En fin, no hablemos más de ello, Harry. Yo no puedo aceptar de ti más que amistad; no amor... mientras tenga el de Hans.

—¿Y si yo te demostrara...? Mira, el anuncio de la función de esta noche en el teatro Victoria es sugestivo. La secretaria de tu marido toma parte en el baile de espectáculo "La Belleza Dormida".

—Sí... ya sé... Y, precisamente, he oído decir que ese baile de espectáculo es una cosa notable.

—¿Vamos, pues?

—Vamos.

El espectáculo gustó mucho.

Después del mismo, Francine y su marido fueron al encuentro el uno del otro.

—¿Cómo tú por aquí, Francine?

—Cambié de modo de pensar, Hans. ¡No quise dejar de admirar a tu secretaria en su aspecto de danzarina!

—La señorita Holt es una alhaja... ¡No me disgustaría nada tenerla empleada en mi secretaría particular!—intervino el pollito.

Adams le midió con severidad, y Harry, sin fijarse en ello, se separó, con naturalidad, de Francine y de su esposo, ocultándose junto a la salida de las artistas del teatro, suponiendo que Ruth saldría sola.

No fué así, porque Adams y Francine decidieron acompañar a la gentil secretaria a su casa.

—Ha bailado usted divinamente, señorita. ¡Con razón mi marido estaba encantado al verla!—la elogió Francine.

—¡Lástima que Miguelito no me haya visto bailar!

—¿Ese Miguelito... es su hijito?...

—No, señora. Es el hijito de mi portera. El mismo que hoy hemos ido a recoger al hospital su esposo y yo, señora.

Francine se vió asaltada de dudas...

Pero la charla amistosa de Adams con su secretaria y la sana confianza que respiraban sus palabras disiparon los celos que habían asomado un instante en su alma.

A la mañana siguiente, cuando Harry volvió a buscar a Francine a su casa, ella ensalzó la nobleza de su marido, de quien aquella noche obtuvo la prueba de su inmenso amor demostrando que el interés que le inclinaba a Ruth era puramente de jefe a empleada digna de él.

—¡Estás ciega, Francine!... Tú sabes que tu marido fué al hospital a recoger con Ruth a ese Miguelito, pero lo que ignoras es que, a la salida de ese establecimiento, tu esposo estuvo más de una hora en casa de su secretaria.

—¿De veras, Harry?...

—Dispuesto a defender tu felicidad, me he convertido en detective, y puedo asegurarte que tu esposo no es lo que tú supones.

—¡No es posible, Harry!

—Sigue mis consejos, Francine. Hazte la distraída y yo te procuraré la ocasión de que lo veas con tus propios ojos. ¡Eso lo haré porque te adoro!

—¡No seas atrevido, Harry! ¡Respétame!

—¡Me rechazas porque aun crees en él!... ¡Me niegas el cariño que regalas a quien no sabe agradecerlo!

—No seas tan impulsivo, Harry... por favor... Si tú me demuestras...

—¡Oh, sí, Francine!



Si los negocios seguían por el mismo camino por que a la sazón se deslizaban, Adams no tendría necesidad de renovar la letra.

El capataz Dave, amargado por sus continuos disgustos familiares, llegó, aquel día, a la obra, con un humor endiablado.

Francine, celosa e indignada con su marido desde que Harry le metió en la cabeza que Ruth era la preferida de Adams, le buscó en la oficina inmediata al edificio, no encontrándole, con ella, allí, sino en uno de los pisos de la casa.

Dave le dió tal indicación de muy mala gana, haciendo caso omiso de que pudiera ser la esposa del jefe—pues no la conocía.

Ruth saludó a Francine, sin obtener respuesta. Claro estaba que la esposa llegaba en son de guerra.

Aislándose con su mujer, Adams la cortó en sus denuestos.

—Calma, calma...

—¡Siempre pegado a esa mujer!... ¡Si quieres complacerme es preciso que la despidas!

—¡Malos vientos te traen hoy, Francine!... Cálmate, y procura no intervenir en mis negocios, celosilla...

Más indignada que antes a causa del justo y tierno reproche de Adams, Francine salió de la obra, empujando a su paso a Dave, que se sulfuró interiormente, respetándola porque era una mujer; y, subiendo a su "auto", la enojada esposa, dominada por los nervios, no se detuvo ante obstáculos de ningún género para alejarse de allí cuanto

antes mejor, destrozando en su precipitación un costado del "Ford" al servicio del capataz, sin detenerse a dar una satisfacción a su dueño.

Dave, advirtiendo lo sucedido, alcanzó, furioso, a Francine, y le exigió una explicación.

Por toda respuesta, la celosa le mandó, groseramente, a su marido.

Dave, fuera de tino, encaróse a poco con Adams, saliéndole por la boca, por efecto de su cólera, frases duras para Francine.

Adams, llamando al orden a su capataz, subió asimismo de tono, y los dos hombres se liaron a puñetazos.

Los obreros subían mecánicamente una viga de grandes dimensiones. El maquinista, derribado al caer encima de él uno de los combatientes, abandonó la máquina enrolladora del cable que sostenía la viga, ésta cayó sobre otras apenas colocadas, y el peso de la misma, aumentado por la altura, arrastró abajo una parte del armazón.

Se produjo un ruido infernal.

Fué horroroso.

Afortunadamente, no ocurrieron más desgracias que las siguientes:

Ruth, ligera conmoción cerebral. Fué salvada milagrosamente, pues la cabaña en que se hallaba quedó completamente destrozada;

Adams, heridas de pronóstico reservado en un brazo;

Y Dave, heridas en la frente y en una mano.

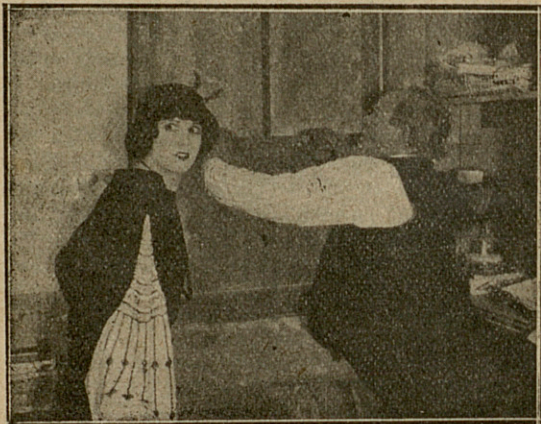
Las pérdidas, ruinosas si no se encontraba la necesaria ayuda.

.

Francine se enteró del accidente al regresar a su casa, tarde ya.

Encontrábase en ella, curado de primera intención, su esposo, esperándola.

Abatidísimo, Adams, sin poner en sus palabras toda la acritud que ella se merecía, contó a Francine lo ocurrido, exponiéndole la situación ruinosa



*Se produjo un ruido infernal.
Fue horroroso.*

en que quedaba.

Francine se disculpó, atribuyendo la desgracia a la fatalidad... y a Dave; y a Adams le pareció necesario eludir la responsabilidad de su mujer en su ruina. ¡Podía más el amor que todo!

Lejos de agradecersele, Francine, que no estaba

acostumbrada a reflexionar, se opuso duramente a un intento de solución que le propuso su marido.

—Nuestra única salvación está en el banquero Martín. Si él quiere protegernos, nada ha de ocurrirme. ¡Supongo que, como lo acabas de oír, no faltarás a la cena a la que le he invitado para presentarte!

—¡Imposible!... ¡Ya tengo otro compromiso para esta noche!

—¡Por favor, Francine, no obres sin meditar!

—¡Quieres que vaya, sin tener en cuenta que vais a hablar de negocios y que tú mismo me prohibiste que interviniera en ellos! ¡Pues no! Además, ¿no tienes una secretaria que está *enterada de todo*? ¡Pues entiéndete con ella!

Y fué inútil insistir.

Y, abandonado, Adams pidió ayuda a Ruth.

Esta aceptó, a pesar de su dolor de cabeza aun persistente, sin comprender claramente el papel que debía representar.

No tardó en saberlo: Adams, para quedar bien con Martín, permitió que éste la tomase por su esposa.

Dispuesta a ayudar en todo lo que fuera a su jefe, Ruth calló e hizo su papel.

Pero la maldad acechaba: Harry sorprendió la suplantación de Francine por Ruth, y avisó a la primera, por teléfono.

—Ven al restaurant Royal. Hoy te daré la prueba definitiva de lo que nunca quisiste creer. No sólo vino con él, sino que tiene la osadía de presentarse como la señora Adams.

Martín, encantado de lo bien que se llevaban Adams y su supuesta mujer—pues saltaba a la

vista la bondad de Ruth—prometió ayudar a su amigo.

De pronto, requerida por una "visita", Ruth dejó solos a los dos hombres, para enfrentársele Francine en un salón reservado.

—¡Precisa ser tan osada como usted debe serlo, para venir aquí, usando mi nombre!... ¡Señorita, es usted una impostora!

—¡Por Dios, señora Adams, escúcheme a fin de ponerla al corriente de lo que sucede!

—¡Lo que sucede es que usted es una mosquita muerta que ha embaucado a mi esposo!

—¡Señora Adams, por lo que más quiera, baje usted la voz si no quiere ser la causa de la ruina de su esposo!

—¡Arruinado o no, Hans es mi marido y lo que a él le suceda a usted poco le importa!

Francine quería salir, Ruth se opuso a su paso... pero aquélla, ciega de despecho la hirió en una sien de un golpe en el que intervino una sortija de brillantes en relieve, los cuales se le hundieron en la piel.

Ruth ocultó la herida bajo las blondas de su peinado, secando la sangre a fuerza de polvos, y volvió a reunirse con Adams y el banquero.

Era preciso que Ruth pusiera al corriente a Adams de la presencia de Francine en el restaurant, para prevenirse.

La magnífica secretaria lo consiguió pretextando un repetino mareo, para obligar a Martín a ir a encargar rápidamente algo para que ella se recobrara.

—¡La que me llamó fué su esposa! ¡Es horrible, señor Adams! ¡Me habló en un lenguaje forzosamente influenciado por alguien!

Adams palideció. ¿Sería capaz su mujer de echar por tierra su propia salvación?

Apenas de vuelta Martín al lado de sus amigos, presentóse ante ellos Francine.

—Vine con el propósito de acompañar un rato a mi amiga la pobrecita *señora Adams*.

Ruth y Adams disimulaban cuanto podían.

Martín, ajeno a la farsa, miraba con poco agrado las maneras de Francine. ¡Cuán distinta de Ruth! Comparándolas, parecían: la secretaria, la mujer buena; Francine, la mujer peligrosa.

Francine atacó:

—¿Fuma usted, *señora Adams*?

—No, gracias, señora...

—¿Y usted... señor...?

—No, gracias...

—Y... usted..., señor Adams?

—No, gracias.

—¡Pues yo, sí!

Luego.

—¿Tomará usted un poquito de licor, *señora Adams*?

—No, gracias, señora...

—¿Y usted... señor...?

—No, gracias.

—Y... usted..., señor Adams?

—No, gracias.

—¡Usted, sí... y yo beberé en su copa!

Silencio. Expectación. Asombro de Martín.

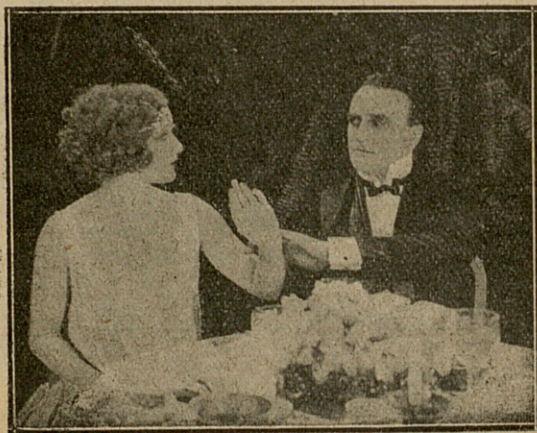
Después:

—¡Bien se ve que es muy virtuosísima la *señora Adams*! La *señora Adams* no toma cigarrillos, no toma licores... ¡La *señora Adams* no toma más que los maridos de las otras mujeres!

Explosión.

- ¿Cómo te atreviste a tanto, Hans?
 —¡Francine! ¿Qué has hecho?
 —¡La verdad ante todo! ¿Tantas dificultades tuvo usted para encontrar marido, señorita impostora, que se ha visto obligada a tomarme el mío?
 Y vibró la voz del bien:

—Encontrar marido es fácil, señora Adams... ¡Lo



- ¿Cómo te atreviste a tanto, Hans?
 —¡Francine! ¿Qué has hecho?

difícil es saber conservarlo! El matrimonio es como un empleo en el que hay que cumplir todas las obligaciones cuando se quiere perpetuarlo. Usted, señora Adams, ha ido al matrimonio para disfrutar de sus ventajas, pero sin querer sufrir ninguno de sus inconvenientes.

—¡Claro, no iba yo a convertir mi habitación en una oficina! — respondió Francine, desconcertada.

—¡Siempre es esto más honroso que convertir la oficina en una habitación! ¡Y basta, señora Adams!... ¡Esta impostora trató de salvarla a usted, salvando a su marido!... ¡Ahora soy yo la que se avergüenza de estar en su compañía! Adiós, señores.

—Esa señorita tiene razón. Ha sido inmerecidamente ofendida... y mi conciencia me ordena seguirla, protegerla, y dejar a ustedes—dijo, a su vez, el banquero, censurando la conducta de Francine.

*
 **

A pesar de todas las calamidades que debería sufrir por causa de su mujer, Adams procuró reconciliarse con ella y empezar de nuevo.

¡Inútil!

El pájaro pensó en volar lejos, y recordó las falsas palabras de amor de Harry.

Avisóle por teléfono y huyeron, dejándole Francine a Adams una nota en la que le decía:

Huyo con el hombre que supo comprenderme.

Al borde de la desesperación, Adams pensó en quitarse la vida, y, al efecto, puso en orden sus papeles, dando instrucciones por escrito a Ruth.

Pero, el brazo de la razón, rasgó la venda que cegaba los ojos de Francine, al pronunciarle Harry estas palabras:

—¡Ya eres libre, Francine, y créeme que me ale-

gro, pero, a no haber sido tú tan vehemente, *hubiéramos podido obligar a tu esposo a que te señalara una mensualidad en concepto de alimentos!*

Comprendiéndolo todo, y decidida a redimirse en el arrepentimiento, Francine, después de arrojar de sí a Harry, fué a suplicar el perdón de Ruth.

La secretaria, herida en lo más hondo, resistióse a escuchar a Francine, mas su bondad había de rendirla a la piedad.

Francine, sinceróse, con quemantes lágrimas, ante la admirable muchacha, y el perdón y la ayuda no se hicieron esperar.

Ruth solicitó, a su vez, el apoyo del banquero Martín—que se portó con ella muy afectuosa y caballerosamente—para reconciliar a Francine con su esposo, y ello fué logrado, a tiempo de evitar que el intento de suicidio de Adams trascendiese a los demás.

Adams abrió sus brazos a su mujer, que le prometió transformarse en la esposa que él necesitaba y merecía, y una nueva existencia empezaría para ambos.

Por su parte, la esposa de Dave, reconociéndose también culpable, y arrepentida de lo ocurrido a su marido, hizo a éste idéntica promesa que Francine a Adams, y también podrían ser aún felices.

Dave, apenado por su conducta con su jefe Adams, prometió suplicarle que le perdonase y hacerle olvidar, con su abnegación, lo pasado.

Sólo quedaba Ruth sin pareja.

Pero alguien se había fijado en ella.

¿Quién, sino el banquero?

—Señorita, confieso que las mujeres son ustedes un misterio para mí... ¿Pues no está usted lloran-

do, cuando acaba de hacer felices a dos personas? —le murmuró frente al piso de Adams y su esposa.

Ruth siguió llorando en silencio.

—Diga usted, señorita Ruth, ¿es cierto que el único medio para conocer a las mujeres es casarse con una? Pues bien, yo, después de conocer a us-



Por su parte, la esposa de Dave, reconociéndose también culpable, y arrepentida...

ted, aspiro...

La puerta del ascensor se abrió en tan crítico momento.

Ruth, ruborizada un tanto, se metió en él.

El banquero no tuvo tiempo de seguirla, pues el ascensor descendió apenas puso Ruth pie en él.

Sin embargo, Ruth, lamentando el "incidente", dió prueba de su disgusto al encargado del aparato, y éste, sonriente, lo detuvo y lo remontó a la debida altura, para recoger al "olvidado", a la par que dijo:

—¡Ah, vamos, ya comprendo...! Hemos dejado arriba a su marido, ¿no es cierto, señora?

Y, al entrar el banquero en el ascensor, y mientras descendía, Ruth acabó de oír la frase que tan a gusto empezó a escuchar arriba.

—Pues como decía, yo aspiro a casarme con usted, señorita.

Y con los ojos clavados en los de Martín, Ruth dió esperanzas.

El único que podía protestar era Miguelito.

¡Se quedaba sin "novia"!

F I N

Prohibida la reproducción

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
LYA MARA

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO: ESPECIAL

La grandiosa, magnífica e interesantísima narración novelesca de una de las mejores películas de

MAE MURRAY

El Delirio del Jazz

Protagonista: la citada «estrella» y el simpático y ya popular actor

ROD LA ROCQUE

Secundados por otros notables artistas.

20 fotografías 64 páginas

Postal-obsequio:
HARRY LIEDTKE

PORTADA
A BICOLOR

Precio especial: 50 céntimos

¡EXITO VERDAD!

*Esta película pertenece a las afamadas
SELECCIONES CAPITOLIO.*

No deje de adquirir tan sugestiva novela el mismo viernes de su aparición.

NÚMEROS PUBLICADOS:

N.º	TÍTULO	POSTAL-OBSEQUIO
1	Genoveva de Brabante	Viola Dana
2	Los héroes del mar	Thomas Melghan
3	El testamento del capitán Applejack	Priscilla Dean
4	La orfandad de Chiquilín	Herbert Rawlinson
5	Sin rumbo	María Jacobini
6	Una niña a la moderna	Jaque Catelain
7	La hermana blanca	Alice Terry
8	El egoísmo de los hombres	Lew Cody
9	La mujer de bronce	Lillian Gish
10	El árabe (especial)	Harrison Ford
11	Esposas sin amor	Ginette Maddie
12	El ciclón	Rod La Rocque
13	La eterna lucha	Betty Compson
14	Malva	Glenn Hunter
15	Mentira amorosa	Lois Wilson
16	La Ciudad del Silencio	Charles Ray
17	La princesa de bronce	Enid Bennett
18	La chispa	Jack Pickford
19	¡Oh, mujeres, mujeres!	Lya Mara

Números corrientes: Novela y postal - 30 céntimos

Números especiales: Novela y postal - 50 céntimos

